

RUMBOS ARQUITECTONICOS Y EL ESTUDIO DE LA ARQUITECTURA*

por el Prof. ALEJANDRO LIPSCHUTZ

Me sentí muy honrado cuando hace dos días su compañera de estudios la Srta. Mariela Rosas me trajo la invitación por parte del Presidente del Centro de Estudiantes de la Escuela de Arquitectura el Sr. Juan Cristóbal Bedrack, para que estuviera yo presente en este Acto inaugural.

Sin embargo, tengo que confesarles que no sólo me sentí honrado sino que fui también preso de pánico cuando al leer la invitación, me impuse que se me solicitaba les brindara unas "sabias palabras" a los estudiantes que recién ingresan en la Escuela de Arquitectura.

Sí, fui preso de pánico. En mi vida profesional de largos años nunca supe decir sabias palabras a los médicos, y menos que eso a los arquitectos. Le he explicado al arquitecto de la Universidad en la cual enseñaba, en Europa o aquí en Chile, que los laboratorios y salas de clase de fisiología deben ser dispuestos en el edificio en tal o cual forma, que deben ser de tales y tales dimensiones, etc. No más que eso. ¿Qué entonces podría contar a Uds., jóvenes que están reunidos aquí, en un momento trascendental de su vida? Uds. que están por comenzar sus estudios en la Escuela de Arquitectura y con eso su carrera de arquitecto.

Sin embargo, el hombre cuando es preso de pánico, comienza inmediatamente a contemplar los medios que le permitan salir del apuro. Así me aferré, en primer lugar, al recuerdo de unas sabias palabras que me escribió, hace treinta y cinco años, un joven arquitecto casado con una sobrina mía. Al terminar el joven sus estudios brillantemente en una Escuela de Arquitectura en Europa, me vino la idea de traerlo a Chile, a él con mi querida sobrina. Consulté aquí en Santiago a unos arquitectos de mi confianza. Me dijeron: "que venga no más", hará —literalmente— "una gran carrera". Lleno de esperanza de tener a los dos muy pronto cerca de nosotros le transmití al joven arquitecto, sin pérdida de tiempo, que aquí en Chile él haría "una gran carrera". Me quedé muy desilusionado con su respuesta: "Mucho le agradezco por su gran bondad para conmigo y mi mujer. Pero no tengo el propósito de hacer gran carrera. Quiero realizar ciertos propósitos profesionales especiales que me animan". Así comenzó él sus andanzas profesionales en Europa, con gran éxito, como él lo esperaba.

Hasta hoy guardo gratitud a este genial y noble joven, por la enseñanza que me brindó.

*Discurso pronunciado el 15 de mayo de 1967 en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile en la "Semana de Recepción" a los estudiantes que recién ingresan a ella, Semana organizada por el Centro de Estudiantes.

Es verdad, en aquellos tiempos ya lejanos, no tomé interés en saber cuáles eran los propósitos profesionales especiales que animaban al joven arquitecto. Pero mis propios intereses americanistas, o indigenistas, que desde 1936 me animaban a mí, me permitieron entender, finalmente, a este joven genial que se unió a un grupo de arquitectos muy prominentes dedicados a estudios científicos.

Tuve yo la buena suerte de poder conocer en viajes repetidos a través de los países americanos, la *Construcción Sagrada* de América Central y Yucatán. Templos, pirámides, palacios, en abundancia sorprendente, los que en gran parte datan del primer milenio de n. E., del llamado Período Clásico de la historia de los mayas. Gran atracción turística en nuestros días. Pero hay que conocer en detalle la vida de aquellos tiempos. Escribió uno de los grandes especialistas en esta materia, el estadounidense Morley (1946, p. 258): son la “fatiga y sudor” —toil and sweat— del milpero, del hombre común que trabajaba la tierra, son la fatiga y sudor que “hicieron posible toda la compleja estructura política, social y religiosa” de los mayas. Así pudo emanar de la “fatiga y sudor” del hombre del campo, de su “trabajo sobrante”, la construcción sagrada, “la desviación de gran parte de la mano de obra hacia actividades no esenciales”, hacia la construcción sagrada que fue posible gracias al “estrecho engranaje de la autoridad religiosa con la autoridad civil con el fin de alistar esta mano de obra y de dirigirla”. Estoy citando a Kidder (1946, p. 3), otro gran especialista estadounidense en problemas de la arquitectura y del arte maya.

Hay en este afán de construcción sagrada otro momento más de orden técnico y de sumo interés: la alteración repetida de los templos y otros edificios, por medio de la adición y superestructuración. Así resultaba una construcción sagrada *que nunca terminaba*.

Opina Kidder que la clase dirigente señorial, en connivencia con los sacerdotes mayas, recurre a la construcción sagrada con el fin de “tener al pueblo siempre ocupado” (1950, pp. 8, 12).

Ven Uds. que para entender ciertos rumbos en la historia de la arquitectura los científicos están obligados a recurrir a *factores sociales*. Pero uno no debe pensar que esta explicación sociológica de los rumbos arquitectónicos fuera algo muy novedoso. Hace exactamente cuatro siglos, en 1566, el franciscano Diego de Landa, Obispo de Yucatán, donde pasó largos años, escribió su célebre libro “Relación de las Cosas de Yucatán”. El libro se publicó sólo en 1864 y es hoy día una de las principales fuentes del conocimiento de la cultura maya, contra la cual el mismo Landa, como representante de la Inquisición, luchaba quemando los libros de los mayas. Les leeré lo que dice Landa sobre la construcción sagrada en Yucatán (1566; 1938, pp. 209-210).

“... es así en esto de edificios y muchedumbre de ellos... son tantos y tantas las partes donde los hay y tan edificadas, de cantería, a su modo, que espanta... Pondré aquí las razones que he visto dar a los que dichos edificios han mirado. Las cuales [razones] son que estas gentes debieron estar sujetos a algunos señores, amigos de ocuparlos mucho, y que los ocuparon en esto...; se señalaban... de hacerles templos...; santuarios y casas a su usanza para los señores”.

Hasta aquí Diego de Landa, de cuatro siglos ha.

La arquitectura y el arte maya son para servir a los señores, para contribuir poderosamente al mantenimiento del régimen señorial.

Uds. preguntarán, y con toda razón, ¿por qué hablarles de la arquitectura de los mayas en el primer milenio de n. E.?

La respuesta a tal pregunta es muy sencilla: porque la construcción sagrada de los mayas es uno de los mejores ejemplos de los rumbos arquitectónicos señoriales en general. Lo que les he contado sobre la construcción sagrada de los mayas vale también para el Egipto y vale también para la Mesopotamia, dos otros regímenes señoriales que han sido magníficamente estudiados. Se ha calculado que la construcción de uno de los templos en Mesopotamia debe haber significado la inversión del trabajo de 1.500 hombres durante cinco años con diez horas diarias (Falkenstein, 1939; cit. de Childe, 1952, p. 132).

Cosas semejantes se podrían decir sobre los rumbos arquitectónicos en las Indias, en China, Grecia, Roma y en seguida en la Europa toda, hasta los mediados del siglo XVIII.

Con el andar del tiempo los rumbos arquitectónicos en la mayoría de los países tomaron otro aspecto que en los tiempos señoriales de antaño. El régimen urbano, con la aparición de la clase media, determinó los nuevos rumbos. Así también en los países latinoamericanos —siempre en obediencia a la ley sociológica determinante de los rumbos arquitectónicos. Ya no estamos construyendo nuevos lujosos templos y palacios. Estamos construyendo rescacielos para servicios públicos y para oficinas particulares; estamos construyendo palacetes, lindas casas para la gente muy acomodada; estamos construyendo casas no siempre lindas, pero siempre más o menos aceptables para la clase media; estamos construyendo conventillos para la gente pobre, para obreros, y a veces también casuchas para ellos. Pero no en número suficiente, de modo que muchos de entre ellos se acomodan en lo que aquí en Chile llamamos callampas. Y las hay también en otras partes de América Latina; hace muchos años, en 1930, las conocí en Río de Janeiro. Las callampas ya no son una especie de arquitectura en el sentido clásico de esta palabra. Las callampas exigen una nueva terminología. He leído que en física se habla hoy día no sólo de materia sino también de *anti-materia*; poco o nada, entiendo en estas cosas de física. Pero eso sí, en la discusión de los rumbos resumidos

por la voz callampas, me parecería muy justificado recurrir a un nuevo término, semejante a *anti-arquitectura*. Pues bien, la demanda de este rumbo antiarquitectónico es muy grande aquí en Santiago; sucede con mayor o menor frecuencia que los pobres y obreros invaden terrenos vacíos para transformarlos, sin título legal alguno, en nuevas callampas —verdaderamente punto culminante en la evolución histórica de la arquitectura de la construcción sagrada desembocando en la antiarquitectura de las callampas, evolución siempre en ciega obediencia a leyes sociológicas o socioeconómicas.

Al tomar conocimiento de todas estas cosas comprendí final y plenamente al joven y genial arquitecto, ahora ya difunto, que rechazó mi benévolo y urgente llamado a la “gran carrera”, porque tenía él el deseo de no seguir más los rumbos tradicionales de la construcción sagrada, la que lleva forzosamente a la antiarquitectura si no queremos intervenir con nuestra *Voluntad Consciente*, la que se resume en las palabras *servicio al prójimo*.

Sí, queridos jóvenes amigos, tengan Uds. presente que se estudia arquitectura en la Universidad no para hacer gran carrera sino para aprender *cómo mejor servir al prójimo*.

Cada uno de Uds. estudiando arquitectura se encontrará ante este problema. Es el mismo problema el cual se presenta a quienes estudian en la Universidad medicina, leyes, ingeniería, historia o filosofía. Es el problema fundamental que se presenta a todos los estudiantes universitarios.

Es cierto que se sirve al prójimo no sólo construyéndole casa de habitación. Se le sirve también construyendo hospitales, escuelas, teatros u otros edificios públicos. Todo lo que sirve a la *cultura colectiva* también es servicio al prójimo.

Sin embargo, quien se propone estudiar arquitectura debe darse cuenta, desde el principio, que podrá él servir al prójimo sólo en el caso de llegar a dominar los problemas, diría *técnicos* de la arquitectura. También en eso el estudiante de arquitectura se encuentra en la misma situación como el estudiante en cualquier otra escuela universitaria. Toda la buena voluntad de servir al prójimo que tuviera un arquitecto quedará espuria si no sabe él confeccionar el plan bien adaptado a las exigencias prácticas de la casa de habitación; si no está dispuesto de aprender en cuanto a estas exigencias, del pueblo mismo que quiere salir tanto de las callampas como de los conventillos e incluso de las malas casuchas; quedará espuria la buena voluntad del arquitecto de servir al prójimo si no conoce bien los materiales, si no conoce las buenas reglas de la construcción asísmica, y tantos otros detalles técnicos más. Por eso me permito aconsejar a cada uno entre quienes comiencen sus estudios universitarios, que eso sí, se compenetre desde el principio de la obligación de estudiar para poder mejor servir al prójimo y no para hacer gran carrera. Pero cada uno entre los estudiantes de arquitectura debe, desde el

principio, compenetrarse también de su obligación de hacer un esfuerzo máximo para captar y dominar las diversas materias que se estudian en la Escuela de Arquitectura. Si el primer o segundo año uno se convenciera que no tiene las inclinaciones intelectuales necesarias para captar y dominar estas materias, será lo mejor dejar la arquitectura y emprender el estudio para alguna otra profesión en la cual son otras las inclinaciones intelectuales que se necesitan.

Nunca me olvidé de una conversación que tuve hace unos cuarenta y cinco años con un alumno en fisiología, en el segundo año de medicina, en la Universidad de Estonia, donde entonces enseñaba. Me había convencido en los trabajos prácticos de que este alumno no captó y no supo dominar las cosas fundamentales y que no sabía, por decirlo así, nada. Pero era un muy buen muchacho y me dolía la situación. Quise serle útil y le dije en forma muy amistosa: "Señor, creo que Ud. debería cambiarse a la Facultad de Teología". La cara del alumno se iluminó y con rapidez y júbilo él exclamó: "¡Exactamente lo mismo ya me lo dijo el profesor de Anatomía!".

Confieso que esta fulminante reacción por parte del alumno me pareció en el primer momento algo ridícula, y de hecho nunca supe si él llegó a ser un buen pastor protestante. Pero después me di cuenta de la seriedad de semejante situación. Los mal entendidos en la selección de la profesión son a veces enormes y hasta grotescos, y estos mal entendidos pueden tener consecuencias muy molestas para el alumno si insiste él en seguir un camino profesional que está en pugna con sus inclinaciones intelectuales. Puede ser que llegue uno a ser mal cirujano en vez de gran arquitecto, o viceversa, ¡mal arquitecto en vez de gran cirujano! . . .

Hemos comenzado con problemas arquitectónicos tan sublimes como la construcción sagrada en la sociedad señorial de tiempos muy lejanos; hablamos en seguida de la construcción urbana burguesa y de la construcción también "sagrada" de palacetes de tiempos modernos de los cuales estamos ahora ya saliendo; hablamos de los conventillos y, finalmente, de la época de la antiarquitectura de las callampas, para desembocar en el problema del servicio al prójimo, y para terminar pedanteando a la manera del viejo maestro escolar.

Perdónenme: sólo quise, con todo eso, servir al prójimo, al joven que comienza a estudiar arquitectura.

Childe, V. Gordon, *New Light on the Most Ancient East*. Routledge & Kegan Paul, London, 1952.

temala: *Excavations of 1931-1937*. Carnegie Institution, Washington, 1950.

Kidder, A. V., *Introduction* en Kidder y otros, *Excavations at Kaminaljuyu*, Carnegie Institution, Washington, 1946.

Landa, Diego de, *Relación de Las Cosas de Yucatán* (1566). Robredo, México, 1938.

Kidder, A. V., *Introduction* en Smith, A. L. *Uaxactun, Gua-*

Morley, S. G., *The Ancient Maya*. Stanford University Press, 1946 (hay edición española).